

Día tercero (20 de enero)

Reflexión



“Hablando en términos generales, parece imposible que exista un dogma sobre la Iglesia, porque no puede ser objeto de definición precisa y racional lo que es el presupuesto no discursivo, sino intuitivo de toda determinación dogmática. La Iglesia es una autoevidencia para sí misma, es el fundamento establecido de cualquier definición, como la luz, que contiene en sí la plenitud del espectro, pero que, precisamente por ello, ella misma es completamente blanca, indescriptible mediante otros colores, como una luz en la cual existen todos los colores. La Iglesia es indefinible, lo mismo que el Espíritu Santo que vive en ella. La Iglesia es la Iglesia. Lo abarca todo, pero sólo en ella, en la eclesialidad, se distinguen los dogmas eclesiales. ¿Puede acaso existir una definición dogmática de la Iglesia si ella misma es el fundamento de todas las definiciones dogmáticas, como columna y fundamento de la verdad? ¿Puede acaso definirse la luz mediante los colores que sólo pueden existir gracias a la luz misma? He aquí por qué en la dogmática acerca de la Iglesia hay que seguir por encima de todo la vía apofática para determinar no qué es la Iglesia, sino qué no es, alejando las doctrinas erróneas, abstractas o heréticas sobre ella. La sobornost’ o conciliaridad eclesial no es sólo el mantenimiento pasivo de la verdad, sino su posesión activa, la recepción de la revelación del Espíritu de Dios. La conciliaridad es un hecho de orden no solamente místico, sino histórico: es, como si dijésemos, el sustrato de la historia eclesial. No sólo existe, sino que se realiza, es la revelación que se prolonga y se consume en la historia. La conciliaridad es la vida y en la vida no

hay lugar para la inmovilidad.

Sergueï Bulgakov, La Ortodoxia, Moscú 2001, 87-88.

Oración

Revelándote a ti, oh doncella, el decreto decisivo antes de la eternidad, se encontraba Gabriel ante ti, te besó y te dijo: Alégrate, tierra no sembrada, alégrate zarza que arde sin consumirse, alégrate, profundidad insondable, alégrate, puente que conduce al cielo y alta escalinata que Jacob contempló; alégrate, vaso que contiene el maná divino; alégrate, tu que deshaces la maldición; alégrate, tú que eres la vocación de Adán. El Señor está contigo.

Stijira para la Fiesta de la Anunciación del Señor.

Mariano Sedano, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/dia-tercero-20-de-enero